

JORGE Y ESTÍBALIZ

CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO

4 de agosto de 2017

Homilía

Entre los pasajes de la Sagrada Escritura que ofrece el *Ritual del Matrimonio*, se encuentra el de san Pablo que habéis elegido como segunda lectura.

El apóstol está hablando en su carta de los dones que Dios da para la construcción espiritual de su Iglesia y en un momento determinado dice: **«Aspirad a los dones más altos»**, a los carismas mejores. Es aquí cuando empieza a hablar de la caridad, del amor, como el don más alto, como la mayor riqueza a la que puede aspirar el hombre.

Dice, además, que sin este amor, cualquier otro don o cualquier otra riqueza material o espiritual, palidece y se convierte en nada: **«Ya podría yo hablar la lengua de los hombres y de los ángeles... si no tengo amor, no soy nada»**. Habla también de las cualidades que encierra este amor: es paciente, es servicial, no tiene envidia... Y termina con una afirmación tremenda: **«el amor no pasa nunca»**.

¿Pero de verdad el amor no pasa nunca?

Seguramente muchos de los aquí presentes habéis sufrido lo contrario. Muy pocos deciden casarse sin desear y sin esperar que su amor no pase nunca; pero muchos veis en carne propia o en carne ajena, que aquel amor del principio, aunque conserve la apariencia de un techo y de una vida común, se ha degradado y se ha convertido, desgraciadamente, en la convivencia de dos extraños. Es un drama, pero es real. Otros podréis ver, en carne propia o en carne ajena, que el matrimonio sencillamente se ha roto. Cuando uno se acerca al matrimonio desde luego no piensa terminar sus días viviendo con el que ahora ama como con un extraño, ni piensa en la ruptura de su matrimonio. Pero luego la realidad es bruta, es cruel, y nos encontramos con eso a diario.

Entonces, ¿tiene razón san Pablo cuando dice que el amor no pasa nunca? ¿No estamos nosotros demasiado hartos de experimentar lo contrario?

En el Evangelio Jesús habla del matrimonio en los mismos términos: **«Abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne», de modo que ya no son dos, sino una sola cosa. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»**. Es decir habla del amor conyugal como de una realidad definitiva, un amor indisoluble.

Y la doctrina de la Iglesia Católica sigue afirmando que el matrimonio establece una relación definitiva entre el varón y la mujer. La Iglesia afirmó esta doctrina en los primeros

siglos, cuando el divorcio era habitual en el mundo en el que se extendió, y afirma la misma doctrina ahora, cuando vive de nuevo en medio de una cultura y unas costumbres que han vuelto a la práctica del divorcio como algo normal. La Iglesia Católica sigue afirmando con tozudez que el matrimonio es indivisible, es decir, que el amor no pasa nunca.

¿Pero podemos realmente seguir manteniendo esto?

Antes de dar una respuesta quiero que caigáis en la cuenta de lo siguiente: decir que san Pablo se equivoca, decir que el amor, pasa y muere, negar la indisolubilidad del matrimonio; decir que el amor para siempre es un imposible, o que solo lo es en casos excepcionales, que lo normal es que, pasado el tiempo, el amor se degrade o muera por completo, decir esto es la mayor derrota del hombre. No hay nada que llene de sentido la vida del hombre y sus esfuerzos, sino el amor. Pero si el hombre ha de conformarse con relaciones amorosas caducas, entonces el hombre ya no tiene un suelo firme donde pisar para construir su vida y menos aún una vida común para sus hijos. No es de extrañar que donde crece la inseguridad sobre el amor conyugal descienda también la natalidad. Donde el amor conyugal no es estable, dar vida y educar nuevos hijos se convierte en un grave riesgo. Hay que reconocer, por tanto, que creer que el «amor pasa» es lo mismo que reconocer la derrota del hombre ante la vida y la negación de los deseos más íntimos de su corazón, que experimentará siempre la nostalgia por el amor verdadero, esto es, por un amor que no pasa.

Vamos ahora a dar respuesta a la pregunta que nos hacíamos. ¿Realmente podemos decir con san Pablo que el amor no pasa nunca? ¿Realmente, Jorge y Estíbaliz, podéis esperar con fundamento que vuestro amor no pase, no se deteriore? Que lo deseáis ya lo sabemos, por eso habéis escogido esta lectura de san Pablo, ¿pero es realista esperar un amor que no pase nunca?

La respuesta de la Iglesia está en la misma celebración del matrimonio. Tal como habéis querido hacer vosotros mismos, la Iglesia recomienda a los cristianos celebrar la unión sponsal en el marco de la Eucaristía, de la Misa. ¿Y que es la Misa? Es la afirmación de un amor eterno: el amor de Cristo que se entrega por el hombre. Este amor de Cristo, el Hijo de Dios, se ha realizado plenamente cuando, con toda libertad, ha entregado su vida por el hombre en la cruz.

Lo más impresionante de este amor no es solo su entrega total y definitiva, sino su victoria sobre la muerte: **«Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla de nuevo»**. Y es que el mismo que murió, resucitó y vive. ¿Que significa la resurrección con respecto al amor? Significa que el límite definitivo de todo amor humano, el límite que nos impone la muerte, ha sido vencido. La resurrección del crucificado significa que **«el amor no pasa nunca»**.

¿Pero solo el amor de Cristo ha vencido? Veamos. En la Última Cena, Cristo adelantó la plena realización de este amor y su significado: **«Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros»; «Esta es mi sangre que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón**

de los pecados». Y adelantó también que su resurrección permitiría que este acto de amor se perpetuase para siempre, hasta el fin de los tiempos, en la celebración de la eucaristía: **«Haced esto en conmemoración mía».** La Eucaristía es el sacrificio de Cristo que llega hasta nosotros en nuestro hoy, presente y actual. El altar es la cruz, el lugar del sacrificio, donde se actualiza un amor que se entrega hasta la muerte, pero que vence incluso la muerte. Y este amor se nos ofrece como alimento de nuestro propio amor. Comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo, con fe y con las disposiciones debidas, es hacer común su amor, hacerlo nuestro.

Las notas de la entrega de Cristo por el hombre, de esta entrega que se hace presente en la Eucaristía, son las notas del amor sponsal: 1º, del todo, sin reservarse nada, hasta la última gota de sangre. 2º, de una vez para siempre, esto es, un amor que no se arrepiente, que no se echa atrás, incluso cuando es traicionado, un amor definitivo. 3º. Que es capaz de ir más allá de todo límite: vence incluso la muerte. Por todo ello 4º, es un amor capaz de generar vida, de ser fecundo y de hacer que la vida de los hombres y de las sociedades pueda crecer a partir de él.

Así, cuando la Iglesia celebra el matrimonio de sus hijos junto al altar de Cristo, junto al lugar del sacrificio, cuando lo celebra en el marco de la Eucaristía, está diciendo: «Sí, efectivamente, tal como desea el corazón del hombre desde el principio, el amor no pasa nunca». Y nos está indicando a todos la fuente donde beber y aprender este amor. No solo donde aprender, sino también, y mucho antes, donde tomar y alimentarse de este amor.

Acudid siempre a esta fuente de la Eucaristía para beber y alimentar vuestro propio corazón en el amor de Cristo. Es Cristo mismo, muerto y resucitado, quien se os da y quien os hace partícipes de su amor que no pasa, definitivo, total y fecundo. Es Cristo mismo quien os enseña. No tengáis miedo a Cristo, no viene a quitarnos nada realmente humano, viene a darnos el amor al que aspiramos. Si bebéis de este amor podréis llegar al final de vuestros días y decir: era verdad, el amor no pasa nunca. Más aún, podréis enfrentaros con la muerte del esposo o de la esposa y tener la certeza de que también esta misma muerte ha sido vencida: **«el amor no pasa nunca».** Abrid las puertas a Cristo, de par en par, y experimentaréis, por encima de las debilidades y límites humanos que **«el amor no pasa nunca».**

Que así sea, con la gracia de Dios.

P. Enrique Santayana C. O.